



CAPÍTULO II.

LA METAFÍSICA.

I

¿POR QUÉ SE DESPRECIA Á LA METAFÍSICA?

HEMOS dicho en el capítulo anterior, que la filosofía propiamente dicha es la metafísica. Tal aserción escandalizará sin duda á los fervorosos y valientes partidarios del cómodo positivismo, así como á los seguidores solapados ó francos del materialismo, y, en una palabra, á todos los que, por sistema ó por mera pereza, en nada estiman y hasta desprecian el estudio de la *prima philosophia*.

En el presente capítulo nos proponemos demostrar la importancia de la metafísica, persuadidos como estamos de que la historia de la filosofía carecería de interés si la metafísica no tuviera valor alguno.

Una falsa idea de la reina de las ciencias; pero idea que no es ni puede ser fruto de paciente estudio, sino formada á priori y bajo el dominio de la pereza, es lo que ha traído sobre ella el desprecio: y quién sabe hasta qué punto influya la consonancia de la verdadera filosofía con las verdades de la religión; pues se ve que la impiedad es la más violen-

ta en sus declamaciones contra la metafísica. Los gratuitos adversarios, con la mayor ligereza sientan principios, hacen raciocinios, deducen conclusiones contrarias á la recta razón; pero deslumbradoras porque favorecen y halagan las pasiones propias y ajenas. Siempre será cierto que lo más difícil para el humano corazón es desistir del culto de sí mismo y de pagar su tributo á la vana gloria, y como la religión y la recta filosofía tienden á dar muerte al amor propio, éste se subleva para su propia conservación. La bella alma de Cicerón no quería colocar al varón vencedor de sí mismo, en el número de los héroes sino en el número de los dioses.¹

Tiene el hombre perversas inclinaciones: á ellas cede por debilidad ó por malicia; pero celoso de su honor aun ante sus propios ojos, movido por natural pudor, á la vez que por instintiva repugnancia al mal bajo la razón de mal; por in-moral que sea su conducta, hará esfuerzos por cohonestarla aunque un abismo le lleve á otro abismo; sin reparar en humillaciones doblegará su inteligencia, la sujetará al corazón y subvertirá el orden que exige la naturaleza de las facultades.

Puesto el humano espíritu en tan áspero camino, no vence las dificultades, las salva: ¿es difícil probar? no importa, las negaciones ahorran tiempo: ¿salen al paso las contradicciones? se las debilitará con el sofisma, hasta que cualquiera vea por lo menos alguna probabilidad.

No siempre el suspicaz orgullo se resuelve á negar con franqueza, veces hay en que mira con frío desdén, ó desprecia con descaro ó finge no mirar: ¿qué otra cosa es la cobarde indiferencia?

Los espíritus frívolos se lanzarán al camino más desembarazado, descansando imperturbables ó en la negación ó en la duda; pero hay almas inquietas que vuelan al mundo

¹ "Animum vincere haec qui faciat, non ego eum cum summis viris comparo, sed similitimum deo iudico." Pro. M. Marc.

de las quimeras, se esfuerzan por inventar y se encuentran así en la alucinación, dando origen á muchos errores.

¡Qué noble imparcialidad se necesita para sacrificar generosamente los caprichos, las pasiones, y, si se quiere, la reputación, en aras de la recta razón! ¿Por qué no hemos de ser francos, en todo caso reconocer nuestra miseria y exclamar con el poeta: *Video meliora proboque deteriora sequor?* ¿por qué no callar avergonzados ó confesar humildes ó despechados los yerros prácticos más bien que teóricos y no llevar la precipitación é inconsecuencia hasta negar la misma luz?

Pero no, el espíritu de sofística sutileza, induce á los míseros profanadores del sacro nombre de *filósofo* hasta el ridículo delirio de pretender destruir de una plumada las verdades reveladas, y para no tomarse el pesado trabajo de examinarlas, porque hay que penetrar muy hondo en las cuestiones filosóficas, hay un medio económico, y es, dirigir los acerados dardos de la burla contra la metafísica, que tan seria participación tiene en la solidez con que se ostenta el edificio religioso-científico.

¡Filosofía! mágico nombre, que congregaba á los griegos sedientos de saber, en la academia, y escuchaban absortos las bellas enseñanzas que brotaban de los labios del divino Platón, ó en la deliciosa apacible sombra del Liceo á aprender las severas lecciones del gran sabio de Estagira.

¡Filosofía! sublime ciencia cultivada como con religioso entusiasmo por genios y célebres escuelas que han admirado á los siglos: inmenso caudal de profunda sabiduría, que á través de las humanas vicisitudes camina majestuoso enriqueciéndose con cristalinos afluentes y desechando cuanto á perturbar viene la claridad de sus aguas.

¡Metafísica! donde el alma pone en ejercicio sus más poderosas fuerzas de abstracción; donde tiende su más osado vuelo, donde se asemeja á Dios, sorprendiendo el modo de

ser de las cosas. ¿Cómo pueden existir almas tan pequeñas que te desprecien? ¿Es posible que no existan esos mundos donde habitaban los genios de Platón y Aristóteles, de Santo Tomás y de Suárez?

II

EXISTENCIA DE LA METAFÍSICA.

La metafísica debe existir y existe de hecho; pero, ¿dónde está, cuál es? En toda ciencia hay que precaverse de lamentables extravíos, pero en ésta mucho más, porque son más funestos. A tal ó cual cuerpo de doctrina se da el nombre de metafísica; mas conviene no perder de vista las causas que suelen perder á los talentos en esta clase de investigaciones. Unas veces acorta los pasos del hombre estudioso, el cobarde desaliento, otras veces le precipitan en los abismos del error ó de la duda atrevidos vuelos ó peligrosas desviaciones. El Sr. Munguía, al paso que hace el elogio de la metafísica, señala sus dificultades en las siguientes palabras: "la metafísica es ciencia noble y trascendental que ha vuelto la cabeza á cuantos filósofos han pretendido crearla, convirtiéndola por lo mismo en series metódicas de conjeturas, y que ha hundido en el fango del materialismo á otros filósofos menos constantes ó más despreocupados,"¹ Y luego, como dando un medio seguro para facilitar el tortuoso camino, dice, que debemos buscar dirección firme, racional, en la escuela católica que, "presenta verdades reconocidas, principios seguros y consecuencias infalibles."²

Donde hay objetos formalmente distintos, pueden existir diversas ciencias, y serán aquellas que investiguen dichos objetos.

¹ Los principios de la Iglesia Católica, etc.

² Ibid.

La metafísica, según el Doctor Eximio, es: "la ciencia que contempla ó considera el ente en cuanto que es ente ó abstrae de la materia."¹ Acerca de su etimología dice el P. Urráburu; "es la ciencia transnatural ó la ciencia que contempla las nociones abstractas de toda materia."² Tales definiciones están conformes con las nociones que nos enseñaban en la escuela. "Ni está solo, continúa el mismo P. Urráburu, sobre el orden de los entes físicos y naturales, esto es, sujetos á los sentidos, sino también de cualesquiera otros, materiales en algún modo, aunque no estén sujetos á las afecciones sensibles, como son los entes matemáticos; así lo creen comunmente los escolásticos.—La metafísica trata de los entes inmateriales ya lo sean positivamente, ya por fuerza de la abstracción ó modo de conocer, es decir, de los entes espirituales que excluyen toda materia, como son Dios y las substancias espirituales y aquellas nociones que ni para ser ni para que puedan concebirse necesitan materia, aunque también puedan encontrarse en los entes materiales, como la razón de ente, de sus atributos," etc.³

La filosofía, la metafísica propiamente dicha es á la que damos el nombre de ontología, cuyas primeras y más importantes aplicaciones hemos indicado ya en el precedente capítulo, al explicar nuestra noción de filosofía.

Aunque todos los partidarios de la metafísica, aseguramos que su objeto está sobre la experiencia y observación sensible, no por esto ha de creerse que tan sublime ciencia pueda ser un conjunto de vanas conjeturas, un sistema de ilusiones que sea lícito forjar según el capricho individual. No, como toda ciencia, es el conocimiento razonado de su objeto y no el resultado del delirio.

Donde termina la observación meramente sensible, donde

¹ Metaphysicarum Disputationum.

² Institutiones Philosophicae.—Ontologia.—Vallisoleti, 1891.

³ Inst. Philosoph. Ontol. loc. cit.

acaba el mundo no reducido de los fenómenos, pero incapaz por sí mismo de dar cumplida solución á importantísimos problemas que necesariamente deben plantearse, porque lo exige nuestro insaciable afán de saber y, más que todo porque son la anchurosa y sólida base en que se asientan todas las ciencias en sus órdenes objetivo y subjetivo; allí, volvemos á decir, debe abrirse una puerta que dé paso á la humana razón para que continúe, no fingiendo sino inquiriendo el fundamento de las cosas hasta llegar á explicaciones convincentes de las esencias que, en el campo ontológico, son la raíz de las propiedades y accidentes, que se sujetan á la observación sensible y en la esfera intelectual dan valor completamente científico á todo raciocinio.

Nuestra alma llega á ese mundo suprasensible, por natural modo, suponiendo próxima ó remotamente la inicial excitación de los sentidos y así entendido, es verdadero el "nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu." Los sentidos nos proporcionan una sorprendente multitud de hechos, y esto basta para que la curiosa inteligencia los conozca en sí, en sus relaciones y en sus leyes, clasifique los fenómenos objetivos, las impresiones subjetivas, observe y determine lo permanente y lo mutable y así descubra lo esencial y lo accidental, lo necesario y lo contingente, los sujetos, las substancias, naturalezas, entes.

El tránsito de lo que es á lo que debe ser; por ejemplo, de lo que es un accidente á lo que debe ser su naturaleza y la del ser en el cual está, es una especie de deducción, procedimiento lógico muy conforme con la índole de nuestro entendimiento y que tiene sus aplicaciones en los raciocinios desde los más comunes hasta los más sublimes. La observación sensible, por su condición natural, se limita á lo más externo; la naturaleza de los fenómenos es ya nuevo hecho que sale del dominio de los sentidos.

Los conocimientos científicos son universales, y el cono-

cimiento científico de los singulares, reviste tales caracteres que pueden considerarse como nuevos datos ó nuevas aplicaciones de ideas universales, excepción hecha del conocimiento científico de Dios como Dios, porque: "es propio de la divina esencia ser incomunicable: por esto el objeto de la Teología es algo singular; pero puede conocerse con certeza la existencia y singularidad necesaria."¹ Para tener alguna garantía filosófica de la verdad de nuestros conocimientos científicos, no basta que estemos íntimamente persuadidos de la conformidad de éstos con la realidad. Si bien se mira hay en esto una palpable petición de principio: precisamente al inquirir la verdad del conocimiento se busca su conformidad con el objeto conocido y el filósofo se ve forzosamente colocado ante el gran problema, la cuestión "que constantemente renace y no acabará mientras duren las actuales condiciones del espíritu humano, porque en ella sola se resume hasta cierto punto, toda la filosofía, llámase cuestión *onto-psicológica*."²

Se ve, pues, que es indispensable llegar al orden trascendental, si se quiere dar filosófica solidez al edificio científico: la ontología, la psicología, la ideología, la cosmología se encuentran allí. Enhorabuena que el naturalista dé por hechos esos estudios, y que el filósofo ocupe su tiempo en tan agradable como honrosa tarea.

El que bajo el nombre de filósofo suprime la metafísica, bajo cualquiera forma que sea, ya explícita ya implícitamente; llámese positivista, materialista ó sensista; si reflexionara con todo el rigor lógico y fuera consecuente con sus propios principios, se vería como tiranizado por sí mismo; pues antes de dar ningún paso en el terreno científico ha puesto delante de sí férrea puerta que le impide formar una sola

¹ Palmieri, Log. Crit. Cap. V. Thes. XXIV.

² Discurso inaugural del curso Académico de 1884 á 1885, en la Universidad de Santiago, por el Dr. D. Gumersindo Laverde Ruiz.

inducción. ¿Podrá decir ante un fenómeno cualquiera: ésto es así? ¿Al menos podrá exclamar: así me parece? ¿En todo caso estará seguro de que así tiene que ser?

Ya no atendamos á las relaciones onto-psicológicas, fijémonos sólo en cada uno de los órdenes de fenómenos: los pensamientos, los raciocinios, no son legítimos únicamente porque se hacen; desgraciadamente nos cercan mil peligros de errar y necesítase la piedra de toque de las inmutables reglas de la lógica que son en sí verdades eternas, necesarias é inmutables. La demostración rigurosamente científica de esas reglas nos lleva más allá de la observación sensible, á la metafísica. Veamos ahora el orden real. Los seres son cognoscibles en sus más externas cualidades, propiedades y accidentes; lo que de ellos se conozca podrá ser el fundamento real de las inducciones y deducciones; proporcionarán si se quiere, el medio de que la razón encuentre y formule las leyes que rigen los múltiples fenómenos; que observe el desarrollo de un plan en la naturaleza y por allí llegue aun á indicar los respectivos fines; las posibles combinaciones y aplicaciones de que sean susceptibles para provecho del hombre; pero hay bajo esos accidentes y propiedades algo más, que es la razón de ser de ellos: luego en el orden ontológico hay objeto de las ciencias y lo hay de la metafísica.

Todavía podemos reforzar nuestros argumentos con unas reflexiones.

Si viésemos todas las verdades intuitivamente, sin raciocinar, con sólo atender á ellas; si se nos presentaran con la subordinación natural de sus causas, constitutivos y dependencias; si nuestra mirada intelectual, fuera por tal manera comprensiva que todo lo abarcara como es en sí y en sus relaciones; sin duda que los conocimientos y sus objetos estarían en la más perfecta conformidad y armonía: primero conoceríamos á Dios, los modos de que el ser pudiera par-

ticiparse, las esencias metafísicas, las esencias físicas conformes con las ideas arquetipas, se verían las relaciones de los efectos con la primera causa y el modo de obrar de las causas, cómo de la esencia misma nacen las propiedades, cómo los accidentes revisten á la substancia, etc. Pero no, muchas son las dificultades que tenemos en el camino de la ciencia, y la misma necesidad nos hace dividir los objetos y sus estudios, y en la inquisición de esas causas, en los esfuerzos que hacemos por hallarlas formamos la metafísica.

